

DIEZ POETAS CUBANOS



Juan Nicolás Padrón

DIEZ POETAS
CUBANOS

DIEZ POETAS
CUBANOS

Juan Nicolás Padrón

Diez poetas cubanos
© Juan Nicolás Padrón

Sobre la presente edición:
© Juan Nicolás Padrón, 2019 ©
DECO Mc Pherson S.A., 2019

Diseño: DECO Mc Pherson S.A.

Edición: DECO Mc Pherson S.A.

Fotografía de cubierta e interiores: Eduardo Rodríguez Martínez

Todos los derechos reservados.

Queda rigurosamente prohibida, sin autorización escrita de los titulares del copyright, la reproducción total o parcial de esta obra.

D'Mc Pherson LLC
5040 NW 7TH ST
Suite 705
Miami, FL 33126

e-mail: editorial@decomcpherson.com
<https://dmcphersoneditorial.com>



DmcpersonEdit

dmcphersoneditorial

dmcphersoneditorial

Jean Franco López

Su padre, Fernando López, español franquista, hizo fortuna en Cuba con el negocio del comercio de tabaco en rama. Su madre, la francesa liberal Danielle Vigny, tenía una pequeña boutique, especializada en la venta de perfumes. Al triunfar la Revolución nació Jean Franco, el único hijo de ese matrimonio,

y su padre regresó a España, donde murió cinco años después, apenas sin contacto con la familia; la madre, que nunca más se casó, se encargó sola de la educación del niño y se integró a las tareas de la Revolución.

Jean Franco, como joven que integraba el Servicio Militar General, ofreció su disposición para participar en la lucha en la República Popular de Angola y, entre los años 1977 y 1979,

obtuvo dos Medallas de Servicio Distinguido de las Fuerzas Armadas Revolucionarias y, la de Combatiente Internacionalista de Primera Clase, por haber sobresalido en varios combates librados en el desierto de Moçamedes, adonde su unidad fue destacada. Entre 1980 y 1982 realizó estudios de Arquitectura en la Ciudad Universitaria José Antonio Echeverría, interrumpidos por la muerte de la madre, enferma de cáncer.

Después de casarse comenzó a trabajar en una empresa constructora; allí tardíamente descubre su vocación poética y comienza a participar en talleres literarios. Obtuvo una mención en el Encuentro Debate de Talleres Literarios de 1984, e iba a ser incluido en una publicación que recogía la obra de poetas jóvenes, sus textos se perdieron y el disgusto ocasionado por esta circunstancia provocó que Jean Franco nunca más entregara sus poemas hasta hoy.

A principios de los años 90, cuando quedó excedente en su puesto de trabajo por reajustes del Período Especial, se contrató como Asesor Literario de la Casa de Cultura de Quivicán. Ha trabajado en el mismo puesto pero en el municipio Cerro. Los poemas que se presentan a continuación, totalmente inéditos, forman parte de un libro en preparación titulado De profundis. Su obra, de amplio registro social, tiene incorporados elementos autobiográficos. Poeta coloquial, mantiene una extrema sencillez y desnudez expresiva.

— Eh, Henquin Dandoche! Eh, Juan el viejo Eustaquio Moubon, que se acordaba con el una hoguera, y vamos a quemarlo.

Diciendo esto, arrojaron los Gringoire, cerca del grado sin verlo, al mismo tiempo los chiquillos tomo un palo delante de la Virgen. Koto vá! murmuró el jergon con demasiada fuerza.

El momento era crítico por lo que hizo un esfuerzo de pie, y se adelantó hacia el jergon. Seguran Bellozot que al día siguiente gran pompa el clero de la parroquia, en la que sacó el sacramento hasta 1789 una pingüenta con el gran milagro de la Virgen en presencia en la memorable noche del 6 al 7 de Enero de 1482 exorcizó al difunto Juan Moubon, el cual, para dar que hacer al diablo, había escondido maliciosamente su alma en el jergon.

trado de las tradiciones del pueblo muchas veces y paraba su cuerpo en ella cantando la canción de los huesos y habita el demonio. No seré a la vez que dondo vuestra curiosa historia.

— A ella va, respondió al jergon, que ya no había nada que hacer. Y cuando el demonio se fue, el jergon se volvió a su casa y se puso a leer el libro de los muertos.



UN MENDIGO

Sin piernas y ciego, como perro hambriento, un viejo registra el tanque de basura.

Este anciano fue niño, querido por sus padres, estuvo bien cuidado cuando comenzaba a caminar y a mirar, igual que tú o yo; tuvo juguetes y amigos, y asistió a una escuela y fue admirado por varias muchachas, especialmente por una, que después sería su novia, y con ella se casó y tuvo hijos, como yo o tú.

El tanque de basura es registrado por el viejo como un perro hambriento, ciego y sin piernas.

UNA HOJA DE PAPEL

Una hoja de papel que antes era corteza de un árbol frondoso, ahora es arrastrada por el viento a través de las calles de la ciudad.

Está arrugada y viaja a merced de los remolinos; no hace mucho podía ser la desgracia o la felicidad: las notas o el diploma, una cuenta o una deuda, la sanción o el premio, una certificación de salud o la detección del cáncer...

Cuando la hoja se recicle volverá con su antiguo poder, tendrá la fuerza para conmovier, y será temida o ansiada, pero ahora es una hoja de papel que el viento arrastra por las calles de la ciudad.

LOS POETAS

Los poetas ya no mueren en combate, ni son atendidos en los hospitales cargando años de viajes y de sueños.

Ahora

los poetas enferman de locura o se mueren repentinamente, o se suicidan arrastrando una deuda.

Hoy a los poetas no les alcanza el tiempo para ser poetas; no llegan a estar sentados cómodamente en la Fama.

Los poetas, ni heroicos, ni oportunos, se encuentran en las manos del azar.

EL HOMENAJE

En el homenaje al poeta muerto los asistentes se conmueven, es el momento en que el discursante sube encima de los hombros del difunto y otros funcionarios emergentes aprovechan la ocasión para aplaudir.

(El poeta muerto desde su mundo contempla el circo y se queda pensando en los ratos amargos junto a ellos, en los desprecios que lo hicieron un desdichado, y se pone triste sin consuelo porque no puede morir otra vez).

El acto continúa y toca el turno al peor enemigo del poeta que lee una convocatoria al Premio que perpetuará su memoria.

LA UTOPIÍA

Habíamos perdido la memoria. Nadie recordaba cómo se llamaba y cuál era el nombre de las cosas. Como nadie tenía apellidos y nada se identificaba, nadie podía reclamar nada.

Algo que no se nombra, no podía ser de alguien que no se llama, por lo que se perdió la noción de propiedad.

Reinaron la absoluta libertad y la total justicia.

EL IMPOSIBLE

Que Dios sea una negra con hambre y los papas mueran en la pobreza; que las rosas nazcan sin espinas y las ranas críen pelos rubios; que los políticos no prometan más y los comerciantes tengan pesa exacta; que los argentinos sean modestos y los cubanos no tengan opinión; que los policías obsequien caramelos y los médicos confiesen su ignorancia; que los diarios del gobierno critiquen y la oposición resalte los progresos; que a Dios se le encuentre algún defecto y pueda verse una virtud del Diablo.

LOS PUENTES

Imagínate largos puentes en que muchos van y vienen hacia todos los lugares.

No hay tierra entre ellos, solo puentes bajo otros.

Vivimos sobre pilotes y moriremos en el tránsito.

La vida en los puentes tiene precio y riesgo, y el murmullo del agua, ese fluir que no termina, puede hacernos enloquecer.

Imagínate que los puentes van hacia el mismo lugar porque no hay tierra firme, puentes que van a otros.

Por mucho que camines siempre estarás en uno.

Convivimos en ellos y vamos al mismo lugar.
Puentes laberínticos que hacen enloquecer con el murmullo del agua.

Imagínate largos puentes hacia todos los lugares: siempre estarás en uno.

LA CANCIÓN DEL BEDUINO

A Mojammed Abdelaziz,
que nos salvó la vida dándonos
de beber agua a mis
compañeros y a mí en el
desierto de Moçamedes.

Frente a las áridas colinas que
dialogan con el sol, bajo la
reverberación sofocante de un
calor sin oxígeno, junto a las
arenas movedizas que crean
estatuas de sal y adornan el
paisaje provisional del cambiante
desierto, el beduino toca ansioso
su flauta de madera pulida y su
tambor llama al viento para
congregar veloces nubes que se
cargan de gris a negro.

El agua salvadora cae, el agua
soñada se esconde en las
entrañas de la tierra; el agua
tranquila y escurridiza agujerea
la red compacta del corazón del
tiempo; el agua que hace
resucitar
a los antepasados en sus tumbas nos hace vivir ahora aquí
con una respiración ancestral; el agua regadora de la vida

regresa a las sepulturas traspasando la dimensión de la vida y de lo posible después de cumplir su ciclo; el agua testigo de la Historia saluda también al cactus en una noche de estrellas cargada de fugacidades; el agua que sacia al sediento baña los cuerpos de las tribus que errantes llegan al oasis; el agua acompaña el descanso bajo el abaniquo de las palmas, el agua levitadora asciende...

El agua lava las ánforas que cargaron aceite de oliva, limpia y enjuaga a las aceitunas tapizadas por la arenisca, friega las vasijas de vino que antes contenían higos, pule los cristales de cuarzo empañados por el polvo, revive de verde el limo seco después de la lluvia anterior, hace brillar vidrios ahumados en la plenitud del verano, carga la atmósfera de humedad y se respira un frescor puro.

Con la melodía de la flauta y la percusión del tambor llegan la titubeante rata y el ulular de la lechuza; ellas penetran en la gruta mientras un zorro blanco se asoma para ver qué pasa y las moscas se preparan.

La vida y la muerte rondan en la fiesta del desierto.

El beduino canta con sus ojos vueltos al alba naciente; los camellos se levantan despidiéndose de la noche; los amores fugaces se marchan con su estrella correspondiente; los primeros sabores del día son de miel y queso de cabra; el eterno viajero se prepara para otra larga y sofocante travesía; los estériles peñascos arenosos esperan por las caravanas; en otros lugares distantes e iguales llegará también el efímero aguacero con la melodiosa flauta encantada y el mágico tambor del ritmo. El beduino se despide contento de los dones preciosos de

la noche y saluda a las débiles claridades del nacimiento
de un día que camina.

LOS TRES MONOS

Una vez comprobé que no entendía nada, ni las simples palabras, y entonces dejé de oír.

Otro día me percaté de que algunos ocultaban lo que yo sabía bien y también dejé de ver.

Por último comprendí que mis pocas palabras no eran escuchadas y ya dejé de hablar.

Sordo, ciego y mudo me mantengo libre, con los tres monos que llevo adentro.

Me escucho, me miro y converso conmigo, con los tres monos que están en mí.